

# Reseña a *La poética del esbozo*: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila de Efrén Giraldo<sup>1</sup>

Juan Manuel CUARTAS RESTREPO  
Universidad EAFIT de Medellín, Colombia

El ensayo habla aquí del ensayo en toda su dimensión, que se califica desde el título mismo como ‘poética del esbozo’. Pero es tarea del lector reconocer en la escritura de los tres autores colombianos elegidos: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez y Nicolás Gómez Dávila, la solemne responsabilidad de domeñar el ensayo. La exposición es cuidadosa, reflexiva y abundante. Se aprende, de un lado, lo que dos grandes teóricos, el húngaro György Lukács, y el alemán Theodor Ludwig Wiesengrund Adorno establecieron “sobre la esencia y forma del ensayo”, el primero, y sobre “la oposición que el género [ensayo] tiene con respecto a la cultura tratadística, la ciencia y los sistemas filosóficos” (Giraldo, 2014: 66), el segundo. A su vez, como un panóptico desde el que se observa con lente analítico, pero a su vez crítico, se hacen apreciaciones sobre el ensayo en su mayor mentor, el pensador francés Michel Eyquem de Montaigne, en el romanista alemán Erich Auerbach, en los deslindes del maestro mexicano Alfonso Reyes, y en el crítico norteamericano Harold Bloom, responsable del controvertido canon occidental de la literatura. La antesala de esta ‘poética del esbozo’ está por tanto bien nutrida, haciendo falta solamente, para mi gusto personal, las consideraciones sobre el problema del ensayo y el ensayismo en la obra del escritor austríaco Robert Musil, para el que “un ensayo es la forma definitiva e inmutable que la vida interior de una persona da a un pensamiento categórico”<sup>2</sup>. ¿Qué nombre dar por tanto a esta exposición que ilustra y entretiene, que muestra con solvencia el qué y el qué de los ensayistas? En lo que sigue intentaremos dar respuesta a esta cuestión. A los ensayistas se les ve trasegar por los asuntos que les va dictando la época; alzan sus voces, interrogan; son pomposas mentes ensayando en la escritura. Uso y usura, lo espurio y lo real, desde la sabia intuición de Montaigne fue advertido que tautológicamente hablando un ensayo es un ensayo, no pudiendo ser, aunque conecte con todo y todo, *nouvelle*, poema, drama, sofisticada, sermón. Los ensayistas lo

---

<sup>1</sup> Giraldo, Efrén (2014): *La poética del esbozo*: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila, Bogotá: Universidad de los Andes.

<sup>2</sup> Robert Musil, “También la tierra, pero especialmente Ulrich, rinden homenaje a la utopía del ‘ensayismo’”, en *El hombre sin atributos*, Vol. 4, traducción del alemán de José M. Sáenz, Seix Barral, Barcelona, 1988, p. 309.

saben, entonces prueban, buscan, hablan al lector, le dicen, le aconsejan... En el ensayo 50: “De Demócrito y Heráclito”, al mismísimo Montaigne lo empala la escritura; allí nombra, teme, juzga, como lo haría un poeta persiguiendo en la mariposa la levedad, la belleza, la eternidad y la destrucción al mismo tiempo. “Para nuestra perplejidad, en el ensayo todo es diferente” (Giraldo, 2014: 93). A las primeras palabras del ensayo 50 de Montaigne, como al río de Heráclito, ya enclenques y ciegos, con paso de bastón, los ensayistas vuelven a curar la escritura de razón y sinrazón. Y se lee así, de *Monsieur Montaigne*: “Es el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos Ensayos. Si se trata de una materia que no entiendo, con mayor razón empleo en ella mi discernimiento, sondeando el vado de muy lejos; luego, si lo encuentro demasiado profundo para mi estatura, me detengo en la orilla. El convencimiento de no poder ir más allá es un signo del valor del juicio, y de los de mayor consideración...”<sup>3</sup>. Giraldo recoge esta enseñanza que se dirige al lector; la serena actitud frente a las cosas del mundo, sin pesas en la nuca ni salves al poder y a la verdad pintada en la pared. En el hoy de las palabras que prueban los ensayistas, elevan la estatura subtitulando y afirmando, desparramando notas, en su nombre firmando, pero siempre ensayando... “Montaigne entiende la contradicción que hay en el hecho de que una escritura privada e intimista intente aspirar a una condición de universalidad o, más llanamente, a ser tomada en cuenta por el lector” (Giraldo, 2014: 102). Corresponde por tanto al lector anticiparse y preguntar: ¿qué traje es el ensayo... de un lado raído, del otro en pliegues y elegante? Es ensayo y es alquimia, no es género, ni es moral de a puño. Pero las razones del ensayo 50 llevan además una espinita de escritura autobiográfica a la que no puede ni debe renunciar el ensayista; mostrar que ha sido posible, desde el estado socrático de la docta ignorancia, estar frente a sí mismo, nombrando y dirimiendo, esbozando, borrando, finalmente escribiendo, sobrescribiendo. De aquí en más, el ensayo estremece; reflexiona en él unas veces la razón que ilumina, mientras que lo envanece en otras “el áspid de la vanidad literaria”<sup>4</sup>. ¿A qué ensayan entonces los ensayistas colombianos elegidos por Giraldo?; en el primero de ellos, Baldomero Sanín Cano, en palabras de Giraldo: a “la autonomía del arte”; en el segundo, Hernando Téllez, a “la contemplación”, mientras que en el tercero, Nicolás Gómez Dávila, al “poder de la negación”. La exposición se torna exquisita considerando estos asuntos. De una orilla a la otra, lo que tienen adelante suyo estos escritores, siempre con tinta en los dedos, con el furor de ver lo que ellos ven..., pero los demás no ven, es el ensayo con el que encienden las alarmas sobre el estado de las cosas. Entiende cada uno a su manera que quien ensaya muerde cuando escribe, como se escribe en la piel. Luego el motivo de Giraldo al delegar a Sanín Cano, a Téllez y a Gómez Dávila

<sup>3</sup> Michel de Montaigne, “Ensayo L, De Demócrito y Heráclito”, en *Ensayos*, edición y traducción de J. Bayod Brau, El Acantilado, Barcelona, 2012, pp. 335-336.

<sup>4</sup> “El áspid de la vanidad literaria infiere a veces mordeduras muy hondas y hasta incurables, particularmente en los individuos de pocos alcances” (F. M. Dostoievsky, “Apuntes de un desconocido”).

los oficios de la suprema escritura del ensayo no ha estado errado, porque ensayar no es en ellos referir simplonamente, sin embargar la conciencia, como tampoco es remoler lo que ha sido de sobra remolido. Cada uno a su manera se vio obligado a surtir imágenes, a narrar, demostrar y predicar. Giraldo muestra lo que significó para estos ensayistas entender y develar, del bien y el mal, signo y olvido; reponer, sobreponer la quiebra del sentido retirado de las cosas. Como en la mano del dibujante tiene el lápiz movimiento, expresión, expansión, conocimiento y libertad, también en la escritura tienen los ensayistas los motivos claros, y clara la exigencia: ensayar es conjugar, en la escritura enfrentar del tiempo el propio tiempo. Giraldo ha conseguido mostrar a su lector que así el ensayo permanece, para decirlo con tierra en las raíces, en un estado primario del ver y el discurrir, del preguntar y el pensar, del responder y el escribir. Cotejo, erudición, relación de casos, muchos casos; puntear y enlazar las rutas del desarrollo, pero también las de la miseria humana, liquidar en contra del silencio, del “aparato sangrante de la destrucción”<sup>5</sup> que nos consume las horas; todo eso pero también poetizar, depurar los acentos, tonos y movimientos. Alcanzada su exposición, pormenorizada y veraz, Giraldo concluye: “Solo una aproximación plural a [las] manifestaciones [del ensayo] puede dar la clave para comprender la posición que algunos de sus practicantes han tenido en relación con las actividades literarias. De hecho, una de las razones que explica la inexistencia de trabajos críticos y académicos sobre el ensayo colombiano como literatura es esta posición, reconocida ya como “fronteriza”, y la carencia de instrumentos aplicables a la lectura de autores que emplearon el discurso argumentativo y la prosa de ideas como vehículo de expresión estética” (Giraldo, 2014: 433). No otra cosa ocurre al ensayista, a los que entonces son y a los que siempre han sido: José Enrique Camilo Rodo Piñeyro, Alfonso Reyes Ochoa, Germán Arciniegas, Leopoldo Zea Aguilar, Ezequiel Martínez Estrada, Enrique Anderson Imbert, Jorge Luis Borges, José Carlos Mariátegui, Octavio Paz Lozano, Pedro Henríquez Ureña, José Lezama Lima, Marta Traba, Soledad Acosta de Samper, Carlos Monsivais, Gilberto Freyre, María Zambrano, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Elena Poniatovska, Liliana Irene Weinberg Marchevsky, y el mismo Efrén Alexander Giraldo Quintero... Errática, si se quiere, suntuosa, feroz fermento de historia, estética, *éthos*, *mythos*, política de ideas, sociedad, cultura, esta alquimia de voces se ha cocido en el crisol de *Monsieur Montaigne*, ¿cómo no? Finalmente Giraldo ha dado en el punto: tejido, fibra, el ensayo es, efectivamente, ‘poética del esbozo’; ¡precisamente eso en los encomiables autores colombianos por él elegidos! De allí en más, pensativo lector, el ensayo es goce que alimenta...

---

<sup>5</sup> Expresión de Baudelaire con la que alude a la desfiguración y trastorno del mundo de las cosas, del que no quedan más que los fragmentos: “... *et l'appareil sanglant de la Destruction!*” (C. Baudelaire, “La destruction”, en *Oeuvres complètes*, I, Gallimard, Paris, 1975, p. 111).